

En una esquina de estas yermas tierras,
fértiles para –de entre la flora y la fauna– las más achaparradas
y por sedientas proclives al fuego,
una camionada tras otra de piedras esparcidas
hasta los bordes de un par de veredas y para completar el cierre,
por toda sombra a la hora que ya no hace falta,
un cañaveral a la par de una acequia
cuando ni uno ni la otra deberían estar ahí,
han levantado de troncos un portal para indicar que eso
ya no es lo que era y ahora es un Paseo de artesanos.

De pie a la entrada principal de la pérgola
que divide la plaza en cuatro, donde la gente del lugar,
desparramada en la sombra, padece distraída en las últimas horas de la tarde,
la estatua uno en uno de doña Paula con el puño cerrado a la altura
del vientre mantiene juntas las puntas de una manta que ni sueltas
podrían abandonar sus hombros y soporta a horcajadas
este cuerpo montado en sus caderas,
la cabeza sostenida entre sus manos a la altura de las orejas:
una escena que, de estar en igualdad de condiciones
como en la lucha libre o el vale todo,
debería terminar en un beso, un labio o una nariz destrozados
y que aquí, en cambio, se resuelve
en un sanguinolento escupitajo entre ceja y ceja.

Sin dar lo no venido por pasado, sin un sonido, también rueda un río
acá en esta manzana, solar propiedad del clero donde
descontando sus oficinas, cuatro locales comerciales y el templo en sí
queda un espacio baldío donde una pared de adobe,
no tan lejos de la que sostiene una de sus caras,
en su doble estándar da cobijo,
sombra húmeda e inaccesible a las alimañas de rigor
y sobre el piso –por donde se mire– piedras:
por más cosas que se empeñen en ponerle encima, el lecho de un río
cuya segunda venida para este espíritu es la única esperable.